

carlos arrighi
los relámpagos

la víbora que faltaba

Antes de dormir o De las cosas que veo por el rabillo del ojo.

Un transeúnte arroja un papel de caramelo ácido, éste toca la cara del retrato que Bergara Leuman hiciera de mi Tía. Retrato que incluía a esos cuatro primos nacidos de aquel incesante universo de autoridad que fue –y sigue siendo- mi adorada familiar.

La paz.

Con un juego de luces, sitiado por si mismo, en una cueva. Muy agradecido con los químicos.

Lógico.

Ejemplificar nociones abstractas es una tarea noble. Noble es una condición –aunque un apellido-. Una condición en un proceso lógico. Y lógico es que me encuentres atractivo.

La fisura.

La fisura le bajó como San Juan hacia la costanera. Efímera y vertiginosamente.

Los recuerdos.

Los recuerdos aparecen y se van. Como sombras furtivas que por nuboso escenario corren. Se entrelazan y de ellos surge: mi Padre con su traje y su maletín surcando la Jungla en liana.

El cadáver de Rita.

Roberto se hundió en los espacios globulares de lo que fuera el contenedor de Rita Von Marchand, la estrella de teatro.

Su señoría:

Enmarañado en la extravagante taciturnidad de mis deseos, me quejo con pompa y fanfarria.

Las alas.

Un batir de alas y remonta vuelo, dibuja una trayectoria solitaria y vuelve al punto de partida. Buen autómata, el monstruo se repite cada vez que la máquina introduce un cambio notable en su entorno.

La caída.

Quisiera unirme, pegar las partes que se rompieron dentro mío después de la caída. Pero ellas se resisten, flotan conmigo en la dimensión de nuestro ego y alaban un hueco que no podemos llenar.

Trilogía.

La hiedra, el árbol y el cielo.

Los tres ahí afuera.

Murmuran, se miran, complotan.

La hiedra espía y el árbol crece cuando el cielo espera.

Los tres ahí afuera.

La hiedra, el árbol y el cielo.

La moda.

Cansado de cascarones vacíos de aquella esencia a la que busco volver.

Desde la Montaña.

Hacia el lado de la faz terrestre se veían ondulaciones que formaba una Sierra sacada de una gráfica ideal. Por encima de ese plano la faz celeste invitaba, blanquecina, a una comunión consigo que siempre se daba trunca.

La sonrisa.

Con sonrisa de idiota le doy valor a tus palabras.

El Juzgado.

Se revuelven en saludos, seguros y confiables. Suben y bajan las escaleras moviendo montañas de carpetas.
Briosos los jóvenes, simpáticos los ancianos.

Esotérico.

La alegoría de la reencarnación pareciera servir sólo para asegurarme que soy la misma persona cada vez que despierto.

The Kid.

Agitó el revólver de juguete: “Amigo dame todo.”
Su niñez se inmolaba en la calle a causa del frío y la ansiedad.

La visión.

Tuve una visión en espiral de la rotonda de Rodríguez.
El bajo-la-ruta, el Mac, y el hombre que me dio indicaciones para tomar el Plaza.
Ahora todo eso se aleja con paciencia de topo.

Los relámpagos.

En el ambiente las cosas que caían al piso no encontraban manera de volver a su lugar. La cama despertaba en desorden con una pregunta: “¿Qué hacés?”. Por el pasillo corrió un: “Nada, arreglo... está por llover.”. Las sábanas se movieron en la cama que entresueño comentó: “Hay una luz que se prende y se apaga.”. El pasillo entornó la puerta de la habitación y dijo sentencioso: “Dormí, son los relámpagos.”

la vibora que faltaba

buenos aires

laviboraquefaltaba@gmail.com

laviboraquefaltaba.wordpress.com

septiembre 2012